

Los Contem porá neos

Ya llegan a la Academia de la Lengua: entre los cuatro aspirantes al sillón B —elecciones el 9 de noviembre— hay una mujer, María Moliner. ¡Una revolución! Nunca

LA LENGUA BIFURCADA

hubo hembra en las doctas reuniones en los doscientos cincuenta años —y pico— de la fundación. ¿Por qué? Se lo pregunté una vez a don Francisco Rodríguez Marín, a la sazón director de la Academia, y me contestó: «Porque la Academia Española está fundada sobre los estatutos de la francesa, y la francesa no admite mujeres». Pareciéndome incongruente todo cuanto sucedía en la Academia, encontré lógica la respuesta: la lógica del disparate. Concha Espina y Blanca de los Ríos, a las que entonces se impulsaba, quedaron fuera.

«¡Señoras hembras! Queda la lengua», se cantaba en un entremés famoso de Quiñones de Benavente —«El guarda-infante», allá por el siglo XVII, aludiendo a la perfección en el uso del idioma como arma en la «niña parlera». Todos nuestros clásicos están indignados por el hablar de las mujeres, lo hagan mal o lo hagan bien —¡la culta latinoparla!—; siendo los académicos clásicos vivos... Y los hay que sostienen que el idioma de las mujeres es distinto del de los hombres. En algunas tribus de indios americanos hay un lenguaje para las mujeres y otro para los hombres. ¡Como las indígenas españolas! Ellas son capaces de hablar como los hombres cuando quieren —¡qué tacos, señores, qué tacos se oyen en los mostradores de bar de la calle de Serrano a cargo de las señoritas!—, pero si un hombre se empeña en hablar con el vocabulario, los modismos, los giros, las locuciones y el deje de las mujeres, será considerado como de malas costumbres, aunque esas malas costumbres no hayan apartado nunca a nadie de la Academia. En inglés, el vocablo «feminismo» indica «expresión o idioma peculiar a las mujeres»: el Fowler's da como ejemplo «fascinante», que aquí es más bien vocablo propio de los burócratas narigudos de Forges. Pero en Estados Unidos, las «Lib» dicen que el idioma se lo han apropiado los hombres, y que el dueño del idioma lo es también del poder.

Mucho tendrá que detejer la mujer académica el idioma para hacer reinar en él la igualdad: si esta

primera mujer fuese María Moliner, lo haría bien porque es dicionarista. A partir de la definición misma de la mujer. «Persona del sexo femenino», dice ahora la Aca-

demia: no es decir nada. ¿Qué es el sexo femenino? Hace unos años se sabía, ahora no se sabe qué es lo femenino, como no se sabe lo que es lo viril. Pero peor es la definición de la Academia Francesa: «Compañera del hombre, esposa, madre». La cuestión excede, probablemente, a la Academia. Es toda una revisión de conceptos la que habría que hacer. Castán Tobeñas, tan dispuesto siempre a definirlo todo —¡de la Academia de Jurisprudencia!—, se quedaba perplejo ya cuando se trataba de definir a la mujer: «las pruebas históricas y las suministradas por la anatomía, que son las preferidas de feministas y antifeministas, resultan, en realidad, insuficientes para resolver el problema de la condición y naturaleza de los sexos... Y se acomoda a la idea de que, habiendo «equivalencia o paralelismo mental entre hombre y mujer» —de donde se ve que Castán era progresista—, hay «distinción sexual sobre la base de la maternidad como característica esencial de la organización y funciones de la mujer», de donde sé que era retrógrado. No está aceptado por la nueva mujer. En Harvard hubo una revolución cuando el profesor Erikson, psicólogo, dijo que «la estructura somática (de la mujer) contiene un espacio interior destinado a llevar la prole de hombres elegidos (por ella), y al compromiso biológico, psicológico y ético de cuidar la raza humana». Es natural. ¿Aceptaría el hombre que su definición total fuera la de «portador de espermatozoides destinados a fecundar a la mujer y, por ello, comprometido a la alimentación de seres producidos por esta acción?»

La mujer va a llegar a la Academia cuando el hombre llega a la Luna. El astronauta dio saltos de júbilo. Quizá cuando reflexionó se dio cuenta de que había llegado a un lugar muerto, que saltaba sobre el polvo, sobre el primer escalón entre la materia y la nada. ¿Tendrán esa sensación las primeras mujeres que lleguen a puestos que ahora son de hombres? Confiamos más en las mujeres que tienen sus esperanzas en algo que pueda estar más allá de la Academia... ■

POZUELO



ORIGENES DEL DRAMA DEL ORIENTE ARABE

EL 55 ANIVERSARIO DE LA DECLARACION BALFOUR

Hacia el 2 de noviembre puede esperarse alguna actividad por parte de los palestinos: es el aniversario de la Declaración Balfour —2 de noviembre de 1917—, considerada en el mundo árabe como el principio de la adjudicación del territorio de Palestina a los israelitas. El sionismo, o movimiento para el regreso de los judíos oprimidos hacia un hogar ancestral, se sitúa en el libro «Autoemancipación», del médico ruso Leo Pinsker, en la época de los «pógroms» (más o menos, la que relata «El violinista en el tejado»), aunque comúnmente se atribuya a Teodoro Herzl, que no solamente fue autor de «El Estado de Israel», sino de una acción continua. En el Congreso Mundial sionista de Basilea (1897) decidió hacer de Palestina un hogar judío «gracias a un trabajo de colonización y de civilización». Gran Bretaña aceptó esta corriente: el 2 de noviembre de 1917, Arthur James Balfour, secretario de Asuntos Exteriores de la Gran Bretaña, manifestó por escrito a lord Rothschild —en ese momento jefe visible del sionismo— que su país estaba dispuesto a apoyar el establecimiento de un hogar nacional judío en Palestina con la condición de que se respetasen los derechos de «las comunidades no judías». Fue la base para una declaración conjunta de los Gobiernos aliados —era durante la primera guerra europea— y después para la creación del mandato de la Sociedad de Naciones.

La carta de Balfour había sido previamente objeto de largas y numerosas negociaciones entre Gran Bretaña y los sionistas: se dice que se realizaron unos veinte borradores antes de que viese la luz pública, y en ellas se convino que se presentase como un documento espontáneo, unilateral.

La intención británica en ese momento era bastante clara: ante el riesgo de una unión de los pueblos árabes —a los que el colonialismo británico había dividido; según una

vieja doctrina política—, creaba una «cabeza de puente» que habría de crear una hostilidad permanente y un motivo de división. No se equivocaba: a los cincuenta y cinco años, la máquina sigue funcionando perfectamente. Aunque no ya en beneficio del Imperio británico, aniquilado —si bien conserva aún intereses en la zona—, sino en el de su sucesor, el de los Estados Unidos, que sigue explotando ciertas formas de desesperación y de exasperación judía para el mantenimiento de esta vanguardia.

Las que la declaración llamaban «comunidades no judías» de Palestina eran, en realidad, los habitantes del país: sobre una población estimada de 670.000 habitantes, 70.000 eran judíos, y 600.000, árabes; una proporción del 91 por 100 de «comunidades no judías» y del 9 por 100 de judíos. La inmigración y luego las expulsiones de árabes fueron alterando las cifras, las proporciones. No sin grandes padecimientos por parte del propio pueblo judío, que después iniciaría una política de terrorismo, con el «Irgun Zvai Leumi» y el «Stern», en la que alcanzarían no solamente a los árabes palestinos, sino a los mandatarios internacionales, que debían sostener el respeto a las proporciones de la inmigración y a las «comunidades no judías», que se vieron privadas de sus derechos civiles y, finalmente, expulsadas de sus propias tierras.

Se puede ver en la política británica de noviembre de 1917 el origen de esta gran tragedia, que desde entonces no ha cesado de costar muertos por centenas de millares, y que ofrece perspectivas de continuarse y de perpetuar la injusticia. La utilización —incesante— de otros personajes de tragedia, como fueron los judíos de Europa, perseguidos, maltratados, desposeídos y asesinados —hasta llegar a la gran matanza nazi— para ofrecerles una falsa solución no hace más que acentuar los perfiles repulsivos del caso histórico.